

EL CORREO DEL SUR.

AÑO X.

CONCEPCION, SABADO 21 DE ABRIL DE 1860.

NUM. 1245.

EL CORREO.

CONCEPCION, ABRIL 21 DE 1860.

INFRACCION DE LAS LEYES.

Cuando se trata de penetrar en las leyes que rigen el perfeccionamiento i progresivo desarrollo de las sociedades, la primera verdad que se descubre i que ha sido sancionada por los publicistas mas acreditados, es, que la familia es la base de toda sociedad, de cualquiera clase que sea; ya se componga de una reunion de salvajes dispersos; o, que se trate de un pueblo libre e ilustrado. Sin mucha exageracion podria decirse: tal familia corresponde a tal sociedad. Esto no podia ser de otro modo, desde que una nacion no es mas que una reunion de pueblos, ciudades o aldeas; i un pueblo, una ciudad, una aldea, se compone de familias mas o menos numerosas.

Si queremos fijarnos un poco, veremos que el estado de las familias ha seguido la suerte de las sociedades a que pertenecian. En los pueblos en que la tirania se ejerce, para deshonra de la humanidad, tambien reina en las familias la misma tirania, el mismo despotismo. Una ojeada sobre nuestras antiguas costumbres, en la época del coloniaje, nos habria hecho ver que, el reino de Chile, no era mas que una colonia, un pueblo esclavizado, sometido, dominado por otro pueblo. Ahora existe mas libertad, mas independencia, mas igualdad, i por eso nuestras costumbres, es decir, las leyes que rigen nuestras familias, han variado.

En donde reina la anarquía i el desenfreno, ahí tambien los miembros de una misma familia se chocan i despiden, se combaten, se hostilizan de mil modos.

Si ahora tratamos de indagar el origen de las familias, lo encontraremos, entre nosotros, en el matrimonio, en la union libre i espontánea de dos individuos de la sociedad. Así como de una fuente envenenada, no se puede sacar mas que sustancias mortíferas, así tambien, de los matrimonios malos, provienen las familias pervertidas i de estas, la corrupcion de las sociedades, la degeneracion de las costumbres, la ruina de una nacion.

Seguiese de lo que acabamos de observar, que perfeccionando i arreglando los contratos matrimoniales, se perfeccionan i arreglan las familias; del perfeccionamiento de las familias; la moralidad de los pueblos, la gloria i poder de las naciones. Por eso, desde los mas apartados

tiempos históricos, las legislaciones que se han tenido por mas sabias i prudentes, han tratado de indicar las reglas, prescribir las condiciones, sentar las bases de los contratos matrimoniales, persuadidos como estaban, de que con esto hechaban los cimientos de la futura grandeza de su patria.

Entre nosotros, nuestro código civil, tampoco ha descuidado esta importante materia; las leyes a que somete a los que quieren contraer matrimonios, son mas bien liberales que restrictivas, sin caer por esto en el opuesto camino, sin relajar los vínculos de la sociedad.

Pero, de nada sirve que tengamos leyes sabias i prudentes con respecto a esta materia, si algunos de los que están encargados de darles un estricto cumplimiento, las desatienden, i no cumplen con sus deberes en esta parte.

Por ejemplo: dice el código civil (título IV art. 105) que no se podrá proceder a la celebración de un matrimonio sin el consentimiento o licencia de la persona o personas cuyo consentimiento sea necesario. &c. &c. Ahora bien, los curas de nuestras parroquias, que son los encargados de la celebración del matrimonio, en algunas partes, desatendiendo al mandato espreso de nuestra legislación, hacen que contraigan esposales, personas menores de edad, que estando bajo la tutela de la patria potestad, necesitan el consentimiento de sus padres para proceder a casarse.

Semejante infracción, no diremos que constantemente se repite; pero basta un solo hecho de esta naturaleza, para proceder a la deposición del párroco que haya faltado de este modo. Las autoridades eclesiásticas deberían, pues, proceder con energía, cuando llegasen a saber que se cometian abusos semejantes. De ellos depende la desgracia o felicidad de las familias, i es justo que cuando tan vitales intereses se depositan en sus manos, procedan con todo el celo i dignidad que se exige.

El mismo código civil (art. 121 i siguientes título V) prescribe las obligaciones de los viudos que quieren casarse en segundas nupcias; tales son, efectuar un inventario de los bienes de sus hijos menores, habidos en el anterior matrimonio, nombramiento de curador para ellos &c. &c. El objeto del legislador, en esta parte, es, prevenir las causas de disturbios i desunion en las familias.

Ahora bien, cada cual puede contar sus ejemplos en que los curas de parroquia no han cumplido con su deber, des-

atendiendo las sabias disposiciones de nuestro código.

Cuando tales faltas se cometen, la prensa no debe guardar silencio, su obligacion es manifestar las necesidades de la sociedad. Así como debe ensalzar i elevar al mérito, tambien debe elevar su voz contra los abusos i arbitrariedades de los que están encargados de dar a las leyes su debido cumplimiento.

POLEMICA EPISCOPAL.

Ayer reprodujimos la carta de monseñor Rousseau, antiguo obispo de Orleans, evocada por el Constitucional de Paris como un argumento contra la actitud tomada por el obispo actual de la misma diócesis, en la cuestión del poder temporal del Papa.

El facitum por cuyo medio M. Dupanloup ha respondido a esta publicacion llenaria tres páginas de nuestro diario. Debemos, pues, limitarnos a reproducir algunos pasajes solamente; ellos bastarán por otra parte para hacer apreciar el estilo i la idea del escrito entero:

Después de reprochar al Constitucional por no haber refutado su precedente carta, que él considera al fin como irrefutable, M. Dupanloup continúa en estos términos:

“Pero no; vos encontráis mas cómodo i mas hábil oponerme a uno de mis predecesores, ese santo obispo, uno de los mas ilustres prelates de la iglesia de Francia, decís, que en 1810, cuando el Papa era arrojado de Roma i prisionero de Napoleon, escribia confidencialmente a los directores de su pequeño seminario, lejos de toda presión humana i de toda violencia oficial, la carta que citais.

“En tal caso debo ocuparme ahora de monseñor Rousseau i del documento que publicais.

“He aquí lo que os diré desde luego sobre ese documento.

“Lo acepto como auténtico, sobre vuestra palabra, aun cuando lo hayais publicado sin fecha ni firma, i aun cuando no haya encontrado ninguna copia de él en mi gran seminario ni en mi secretaría, ni aun huella alguna en los recuerdos del clero orleanés.

“No crea, sin embargo, que fuese una carta sino mas bien un discurso dirigido por monseñor Rousseau a los directores, no de su pequeño seminario, como lo decís, lo que hubiese sido perfectamente ridículo, sino de su gran seminario, lo que era ya bastante molesto.

“Sobre lo que estoy mas cierto aun, i sobre lo que debo insistir, es que esas palabras no fueron escritas o pronunciadas lejos de toda presión humana i de toda violencia oficial; i si me permito

contradeciros es por que conservo de monseñor Rousseau mismo el pormenor de este asunto: ese discurso fué pronunciado a consecuencia de una circular ministerial, i en cierto modo a los ojos del ministro, a quien él lo envió.

“En efecto, el 26 de julio de 1810 monseñor Rousseau escribia al ministro de los cultos: “El 1.º de julio, diriji a vuestra excelencia copia del discurso que he pronunciado en mi seminario, en consecuencia de vuestra circular del 24 de abril último.”

“Debo agregar que no estaba en su entera independencia, como lo decís tambien, cuando monseñor Rousseau hizo tal obra; sino que al contrario, me veo condenado a decirlo, en la preocupacion mas vana i mas servil. El discurso hecho con motivo de una circular oficial fué enviado al ministro. El ministro no se dignó responderle. Inquieto, casi desolado, después de 20 dias de silencio ministerial (M. Portalis, entonces ministro, era un hombre honorable a quien repugnaban las bajezas), volvió a escribir para saber... si habia hablado bien, si habia dicho demasiado, o no lo bastante para llenar el gusto del ministro. “La continuidad del silencio del ministro sobre este escrito de mi parte, a pesar del voto que he renovado a vuestra excelencia, por saber lo que pensaba de él, me es infinitamente penoso. Debía decir mas?”

“O he dicho demasiado? Os suplico, monseñor que disipéis este temor.”

“He aquí como monseñor Rousseau hablaba a los directores de su pequeño seminario, lejos de toda presión humana i de toda violencia oficial, con entera independencia.

“Animados de los mismos sentimientos que que, poco tiempo después, decreto de Napoleon que reunia los estados del Papa al imperio francés; pocos dias después, que el general Radet hubo arrebatado violentamente al Papa del Vaticano, monseñor Rousseau escribia tambien al archicanciller del imperio, Cambaceres, el 7 de agosto de 1809: “Quedo convencido que es este el momento en que los jefes de la iglesia galicana deben unirse, estrecharse en cierto modo mas al rededor del trono... i servirse de toda la influencia de su ministerio para impedir que el fanatismo o la mala fé consigan esparcir la alarma en la parte de los fieles mas devota que ilustrada.”

Después de estas primeras citas, M. Dupanloup emprende una larga escursión al través de los escritos, i aun de la correspondencia privada de su predecesor, para sacar de aquí los elementos de una apreciacion que se resume en estos términos:

“Es evidente, señor, que apesar del documento que acabais de manifestar al público, vos no conociais a monseñor

Rousseau. Si lo hubieseis conocido, no habrais invocado su autoridad; no lo habrais llamado “uno de los mas ilustres prelates de la iglesia de Francia.” No debereis sorprenderos de que monseñor Rousseau sea mejor conocido en el obispado de Orleans que en las oficinas del Constitucional. Vos me condenais hoy a dároslo a conocer. Lleno con pesar esta tarea; pero debo cumplirla. Hé aquí, pues, la simple pero triste verdad.

“Monseñor Rousseau fué un sacerdote respetable, pero en el sentido mas bajo de la palabra; de un espíritu mediocre i de un carácter mas mediocre aun. Todo lo que existe aquí auténticamente de él lo confirma. Tengo a mi vista desde esta mañana sus mandamientos, sus decretos i una parte de su correspondencia; el todo como estilo i como doctrina, es de una extrema vulgaridad.

“Pero se puede rescatar la mediocridad del espíritu mediante la dignidad del alma. No sucedió así con el obispo de que hablais; vos juzgareis muy pronto a este respecto como se juzga en Orleans. He dejado su retrato en una de las salas de mi obispado; i me lo he reprochado algunas veces, cuando oigo a los orleaneses que, cuando pasan delante de esta figura, dicen en voz baja i bajando los ojos: “Ail este fué un pobre hombre.”

“Decís que habia sido predicador ordinario de Luis XVI; ántes de conocer las peticiones de que os he hablado, sabiamos que tambien fué baron del imperio i a mas miembro de la Legión de Honor; pues nunca olvidó poner estas dos cosas a la cabeza de sus mandamientos.

“El no supo llevar el peso de esta fortuna; su cabeza, su corazón, su carácter, todo se dobló a ella.

“El primer acto de su administracion, al entrar en su diócesis, fué recomendar la vacuía a sus diocesanos. Si solo hubiese hecho esto, nada habria que decir; pero desgraciadamente hizo otra cosa. I de la gran cantidad de mandamientos, circulares públicas i privadas, que nos quedan de él, encontramos menos monumentos de su celo pastoral que de sus viles complacencias i de sus adulaciones.”

Toda la carta va por el mismo estilo, salvo algunos pasajes consagrados a algunas discusiones de doctrina. Solo en las últimas líneas M. Dupanloup parece haber sospechado el escándalo del espectáculo que iba a dar. Al terminar intenta atenuarlo por medio de esta frase:

“He sido arrastrado, señor, mas lejos de lo que queria en el terreno en que vos habrais hecho talvez mejor no llamándome a él. No lo siento; i los católicos que lean esta carta perdonarán a mis intenciones i al interes superior de esta grande causa las tristes revelaciones que he debido hacer.”

No creemos que los católicos se mues-

por sonreír, volvieron al salon. Aquí Estévan cayó a los pies de Margarita.

—Juzgad del placer que me habeis dado, Margarita; he hecho dos dias que me digo: si ella me amase habria tenido esta idea.

—¡Bien! la he tenido, luego es amo, luego no os quejareis mas.

—No, no, yo soy muy feliz.

—Al decir esto, se oyó un sollozo desgarrador que resonó de uno a otro extremo del salon, i se descubrió al pobre Gaston llorando sobre un sofá i oculto por las grandes poltronas mas altas que él.

Margarita se lanzó hacia su hijo, i apretándolo contra su corazón, le preguntó luego porque tanta tanta tristeza; él lloró mucho tiempo sin poder hablar. En fin, en medio de suspiros i sollozos entrecortados, pudo escucharse esta plegaria que era toda la historia de sus agravios contra Estévan.

—Se me ha dicho que mamá no me querrá mas cuando se volviere a casar... Ella se va a casar, i me despidió!

—¡Nunca, mi pobre Gaston, jamás! Yo no te despidió! la prueba, es que en nuestro nuevo departamento, tú tendras una hermosa cámara con una azotea.

—¡Hai una azotea! dijo el niño ya consolado.

—En la cual te haré hacer una pajarera, dijo Estévan, si quieres probarme, por dos meses, tu cuartito verde que tienes aquí.

—Una pajarera con pájaros?

—Pero en una pajarera no se ponen gatos ni corderos. Gaston principió a reír.

—Queréis, tú, Gastoncito mio, dijo Estévan, por prestar tu cuarto, te daré lo que tú quieras, haré todo lo que me pidas. Vámonos, i cuales son tus condiciones? ¿Qué es lo que deseas?

Queréis ir al teatro?

FOLLETIN.

MARGARITA

DOS AMORES.

por

Madme. Emilia de Girardin.

(Continuacion.)

VII.

Llegaron a Paris. Estévan corrió luego a ver en que estado se encontraban los trabajos principados en el departamento que debia habitar con Margarita. Todo dependia para él del arreglo mas o menos lejano de esta nueva habitacion, su casamiento, es decir su felicidad. Este departamento era el primero, en uno de los hermosos hoteles de la calle de Anjou. Estévan subió precipitadamente la escalera. Quería abrir la puerta, i estaba cerrada con llave... ¿Cómo! ¿los obreros no están aquí? Principaba a impacientarse, una idea agradable lo calmó luego. Han terminado sus trabajos, pensó él, i se me espera para dar órdenes a los tapiceros... Baja rápidamente la escalera i pregunta al portero.

—¿No tenéis obreros?

—No, señor ¿hai quien pueda contener a estos individuos? El arquitecto los ha reprendido diariamente, ellos aparentaban venir, i no lo han escuchado.

—¿Como todavía no se ha concluido arriba?

—¡Concluido! ¡he! apenas se ha principado.

—¿Pero los pintores no vienen todos los dias?

—Si, vienen a buscar, sus escaleras, sus celos, sus pinceles, i despues se van a trabajar a otra parte. Algunas veces hai tres o cuatro que ponen manos a la obra con buena intencion i cantando con desenfado. Bueno, me di-

go, hélos aquí en marcha, esto vá a marchar perfectamente; i despues nada de eso, llegan otros dos que les dicen que se yo que, i se marchan juntos.

El portero tenta, al hacer estas denuncias, un airecito inocente i bonachon que era sospechoso; un portero es en punto a informaciones, lo contrario de un sub-prefecto; si uno está colocado de modo que no puede ver nada, como se pretende, el otro está colocado de manera que nada puede ignorar; un portero sabe siempre, i cuando responde: Yo no sé, es porque ha prometido no decir nada. Pero M. d'Arzac estaba celoso, i un hombre furioso no tiene la claridad necesaria para penetrar el equívoco de un portero.

Estévan recorrió el departamento, herida el alma de mortal tristeza: una sola pieza; la mas inútil, una ante-cámara, estaba poco mas o menos terminada; pero en el salon, en el dormitorio, todo estaba por hacerse. Era preciso dos largos meses de trabajos para que estas cámaras fuesen habitables.

Estévan miró este nuevo retardo como un presagio, una desanimadora supersticion se apoderó de su espíritu; se persuadió que este obstáculo le era fatal i que su matrimonio era imposible. Era tan profunda su tristeza que no queria ni aun hablar; pero su fisonomia abalada, su aire sombrío, la alteracion de su voz, revelaban el triste sentimiento que queria ocultar, i Margarita, que lo amaba i que sabia que el temor de ver retardado su matrimonio era la única inquietud de este pensamiento enteramente suyo, Margarita lo adivinó... Al dia siguiente, durante las horas que Estévan pasaba con su padre, fué ella misma a visitar este desgraciado departamento, i su vista solo le explicó lo que habia adivinado.

Este departamento no era realmente habita-

ble para nadie. Habria sido mortal para Margarita, todavia débil i siempre amenazada. Al fin de diez minutos, no podia estar mas allí, tanto mal le hacia el olor de la pintura, i de la trementina. Segun sus ideas, ella no podria venir allí razonablemente antes de cuatro o cinco meses.

Entonces se representó cual debia ser la desesperacion de Estévan al ver esas murallas despojadas, esas pinturas borradas, esos dorados quebrados, esos techos ennegrecidos, todas esas cosas que significaban para él horas de espera i de agonias; i encontró en el entusiasmo de su piedad, el valor de una heroica resolucion. De antemano gozaba con la felicidad que esta resolucion procuraria a Estévan; pero ella se prometió atormentarlo un poco mas para que la sorpresa fuese mas grande; es un placer que el alma mas bondadosa no puede rehusarse: tal es la contemplacion de una gran tristeza que se vá a hacer cesar con una sola palabra.

Estévan i Madme d'Arzac comian con ella en ese dia; i resolvió que durante la comida anunciaria su magnífico proyecto, el cual estaba destinado a producir tanto efecto. Estaba muy conmovida i retardaba siempre el momento de hablar, por una coqueteria llena de pudor i encantos; pero como Estévan estaba mas sombrío que la vispera, como no comia nada i el hambre no entraba en los tormentos que queria imponerle, ella se decidió en fin.

—Deberia al ir todos los dias, dijo ella; esta vuelta que he dado esta mañana me ha producido un bien real.

—¿Habeis salido en el dia? respondió Estévan, porque no me habeis prevenido, yo os habria acompañado.

—Yo no os necesitaba; tenia que tomar una resolucion i me habrais estorvado.

Estévan la miró tristemente i no respondió nada.

—He ido a visitar nuestra futura habitacion, continuó ella, será muy cómoda; pero os prevengo que no pienso habitarla hasta dentro de seis meses.

Estévan palideció. Lo que experimentaba era mas bien la irritacion que el dolor; por la primera vez encontraba a Margarita cruel; no la reconocia.

—¡Seis meses, es lo menos, agregó ella observando a Estévan. No tengo mucha pena; tendremos mas tiempo para instalarnos, para arreglarlo a nuestro gusto, i por otra parte...

En este momento su emocion se hizo mas viva i no se atrevió a mirar a Estévan.

—¡Por otra parte estaremos todos muy bien aquí durante este invierno. Estévan tomará el cuarto de Gaston i el de M. Berthault...

—¡Y yo dijo Gaston?

—Tú te vendrás donde estoy yo, dijo Madme. d'Arzac. Margarita se atrevió entonces a mirar a su victima; pero su placer era tan grande que le dió miedo: era un delirio mudo que se asemejaba a la locura. Miraba en torno suyo con una impaciencia amenazante i cónica era evidente que habria querido arrojar a los sirvientes por las ventanas para poder estrechar a Margarita entre sus brazos i darle las gracias. Comprendió ella que era preciso venir a su socorro, su instinto le dijo que era preciso reír un poco para destruir una situacion tan penosa. Entonces con una mano temblorosa, tomó una cesta con frutas de sobre la mesa, la presentó a M. d'Arzac, e imitando el acento del Cid parodió sus sublimes palabras.

—Comed, noble esposo mio! dijo ella con la mas graciosa sencillez.

Pero Estévan estaba muy conmovido.

—Comeré mañana, respondió esforzándose

tren de tan fácil composición sobre este capítulo como el señor obispo de Orleans. Han debido sentir vivamente lo que ofrece de triste el espectáculo de un prelado que se deja llevar a los últimos límites de la violencia—i esto contra uno de sus predecesores.

El redactor en jefe del *Constitucional* tenía la mejor parte para replicar. Se veía por los extractos siguientes que ha sabido aprovechar sus ventajas:

“Monseñor: “No necesitabais sin duda explicar, ni menos excusar, el pequeño retardo” de vuestra respuesta a Monseñor Rousseau.

“El tiempo, en semejante materia, es una señal de estudio, de reflexión i de respeto; tres cosas que, para el periodista mismo, pasan ante la vanidad de la improvisación; tres cosas que, con mas justo título, deben de fijar la conciencia de un obispo.

“¡Vuestra conciencia, monseñor, quiero creerlo al menos, ha debido presentarnos muchas dudas e incertidumbres en la hora en que, arrodillado en las bóvedas de vuestra catedral, pedís “a los regenerados de la muerte, las lecciones que necesitabais para iluminar i guiar vuestra vida.”

“Estas dudas no han sido bastante poderosas para aconsejaros el silencio; i cara a cara con uno de vuestros predecesores, colocado entre la alternativa de “honrar su vida o de sufrir el penoso contraste de sus doctrinas, no habeis vacilado un solo instante: “Os habeis resignado” a infamar la memoria de monseñor Rousseau.

“Esto no es justo, monseñor. La opinión pública que vos juzga, a vos i a mí, no verá en esa requisitoria póstuma un acto de coraje religioso, sino, lo temo, un acto de orgullo hipócrita.

“... ¡Ahora volvamos a monseñor Rousseau. Con que en “un pobre hombre” solo por compasión habeis dejado su retrato en una de las salas del obispado, i no lo habeis reprochado muchas veces cuando oías a los orleaneses, pasando delante de esta figura, hablar en voz baja i bajar los ojos.”

“Francamente, monseñor, tened tales detalles como indignos de vos! En Venecia, en otro tiempo, sucedió que un dux traicionó a la serenísima república, se le despojó. Ahora bien, la tradición quería que los retratos de los dux figurasen todos en sus puestos en la galería de San Marcos. Marino Faliero ocupó, pues, el suyo i se le cubrió con un velo para que no se le insultase. A creer en lo que decís, no sucede lo mismo en el obispado de Orleans: allí no se cubren los rostros de los antepasados, se les insulta!

“Es verdad que sería menester muchos crepantes fúnebres, si se debiese cubrir las figuras de todos los venerables obispos, vuestros predecesores, que no han podido obtener gracia a vuestros ojos.

“Pero no solamente instruis el proceso de monseñor Rousseau; tambien levantaís el de monseñor Raillon, el de monseñor Jarente, el de muchos otros, el del episcopado francés todo entero, en los tiempos modernos. Indulgentes para con vos mismo i para con vuestras pasiones políticas, sois inexorable para los demás i para sus pretendidas debilidades.

—No, yo quiero ir a Francia...

—¡I bien! írenos cuando quieras...

—Entonces, esta tarde.

—Yo quisiera mas bien mañana.

Estévan habría querido en esa tarde saborear en la soledad su profunda emoción.

—Yo, a mí parece mejor hoy, dijo Gaston.

Margarita exclamó: Es preciso hacer lo que quiere, lo hemos entrastecido, es necesario consolarlo.

I después, dijo Madame, d'Arzac, el tiempo está suave esta tarde; quizá, otro día, Margarita no se atreverá a salir.

—Venís tambien, madre mía?

—Yo, nada me fatiga tanto como ver volver esos malidosos caballos. Los placeres de Gaston no son ya los de mi edad.

Llegaron a Francia o mas bien al circo de los campos Eliseos. Se elevaron cerca de la entrada, i, mientras que Gaston seguía ávidamente con los ojos a un hermoso marino a caballo que imitaba con sus brazos el movimiento de las olas, de tal modo que cualquiera podría equivocarse, Margarita i su primo hablaban tiernamente de sus futuros proyectos.

Muchas veces Estévan se turbaba al observar las miradas curiosas i atrevidas de los hombres fijarse en Margarita. Una mujer de tan notable belleza no podía permanecer desapercibida mucho tiempo en público, i, desde la llegada de Madame, de Meulles al circo, todos los anteojos se habían vuelto hacia su lado. Estévan estaba orgulloso con este homenaje, pero sufría; estaba contrariado de que Margarita hiciese su entrada en el mundo antes de ser su mujer. Habría querido que ya se hubiese respondido a estos admiradores que preguntaban su nombre. Es Madame. Estévan d'Arzac.

—¡Repente Gaston gritó

“Esta si que es caridad verdaderamente apostólica!”

“... La antigua iglesia galicana que era tan conocida, al menos así se dice, por su independencia i dignidad, entendía como monseñor Rousseau sus deberes al respecto de la Francia. Su respeto por la Santa Sede, que confirmaba sus miembros, no la hacía avergonzarse del rei que los había nombrado.

“Si siguiendo vuestro ejemplo, monseñor, quisiera llevar las citas hasta el abuso, no me sería difícil oponeros hasta el mismo Bossuet, a Fenelon, Elechier, Massillon, a todos los mas grandes nombres del episcopado francés; podría publicar sus cartas de agradecimientos dirigidas unas al mismo Luis XVI, otras al gran Delfín, estas al ministro influyente, aquella pal a la querida favorita. Podría a mi vez examinar ciertas correspondencias i escudriñar en ciertos archivos. ¿Qué diriais si exhumase de los legajos de nuestra embajada en Roma una multitud de piezas de las mas instructivas; si os mostrase a tal arzobispo muy conocido i muerto en olor de santidad, solicitando el capelo de cardenal i reconociendo que, en caso de obtenerlo, lo debería no al Papa, no al rei, ni aun al embajador, sino a tal oficial de embajada!”

“No siento placer alguno por estas exhumaciones mas o menos escandalosas. Mi respuesta sería mas picaresca quizás, pero menos honorable. El digno sacerdote que dirigió mi infancia me decía, en otro tiempo, que el respeto de la religión exija que se respetase a sus ministros i que se procurase, en caso de necesidad, ocultar sus debilidades humanas.

“Ese era un bello pensamiento; siento monseñor, que no se os haya ocurrido en el momento en que tomasteis la pluma.

“Pero, bajo el punto de vista puramente humano, vos, que no perdonais a monseñor Rousseau su reconocimiento hacia Cambácères ¿estais seguro de no haber dado nunca las gracias a los que os designaron a la elección del gobierno de la república? ¿Estais seguro de no haber escrito a nadie? No quiero insistir mas sobre este punto.

“... Por un extraño cambio de roles, sois vos, obispo, quien ha tomado a tu reza el infamar públicamente al antiguo episcopado; i a mí, laico, solo me queda que defenderlo contra vuestras pindosas calumnias.”

Esta debió ser la primera parte solamente de la respuesta de M. Grandguillot; pero al día siguiente una nota inserta a la cabeza del *Constitucional* ha anunciado la paralización de la polémica, con el fin de evitar “un escándalo mas” en vista de la intencion declarada por el *Siglo* de perseguir a M. Dupanloup por difamación.

Este nuevo incidente del debate ha sido motivado por una frase de la carta episcopal en la cual M. Dupanloup dice al redactor en jefe del *Constitucional*:

“... Pero yo he hecho mal, señor, de compararos con el *Siglo*. Dejemos este periódico. Vos tenéis honor: si me engaño, pues, haced lo que no habeis hecho: publicad mi carta i refutadla.”

La redacción del *Siglo* ha visto no sin razon en este pasaje una imputación di-

recta contra su honor i ha acusado la carta ante los tribunales. La comparecencia de la policía correccional será para M. Dupanloup una amarga humillación; pero solo deberá culparse a sí mismo. Cuando un prelado se olvida hasta el punto que él lo ha hecho, no debe quejarse de que los demás dejen de ver su vestidura episcopal.

(Ferrocaril.)

CARTA DE DUMAS.

AL DIRECTOR DE LA PATRIA.

Milan, 22 de enero, a las 3 de la mañana Querido director:

Si mi personalidad tuviese mas importancia, diría a Ud.: sabe Ud. que estoy en Milan; pero como no la tiene, me contentaré con decir a Ud. lisa i llanamente: estoy en Milan.

En cuanto a lo que estoy haciendo en la capital de la Lombardia, voi a decirselo a Ud.: estoy escribiendo, con datos muy positivos i en un punto donde puedo ver lo que sucede, cartas sobre Italia i la historia de Garibaldi.

Este ha tenido a bien hacer por mí lo que por nadie había hecho: me ha dado apuntes para escribir su historia, a la cual no hai novela, por pintoresca que sea, que pueda compararse. Todo esto llevaré conmigo a Paris dentro de pocos días i al punto avisaré a Ud.

Pero es tal la vehemencia i la rapidez con que se suceden los acontecimientos, que esta carta, que dará una idea bastante exacta del estado en que se halla Venecia, debe preceder a las demás.

Acabo de pasar cinco días en Venecia. La policía austriaca, mas indulgente conmigo en esta ocasión que en 1855 i en 1842, me ha permitido pasar.

No puede Ud. tener idea de la tristeza que reina en Venecia. Todos los teatros están cerrados. En la época en que resonaban ántes gritos de alegría i en que millares de músicos recorrian las calles, Venecia está triste i silenciosa como una agonizante.

¡Diga Ud.! ¡Cerrados los teatros el día 6 de enero, al principio del carnaval, cuando mas concurridos estaban en otros tiempos, i cerrados por falta de espectadores!

Careciendo de armas, de medios de defensa no teniendo siquiera en su casa una espada o un par de pistolas para rechazar o vengar una injuria personal, los venecianos, después de haber hecho al Austria la terrible guerra de 49, que terminó con el memorable sitio que todos recordamos, están haciéndole una guerra mas terrible aun: la de la oposición táctica i obstinada, contra la cual nada pueden los cañones, poco los procesos i los encarcelamientos.

Setenta mil venecianos han abandonado el Veneto, disminuyéndose con esto de tal manera la población, que el Austria ha tenido que expedir un decreto por el cual anuncia que no habrá conscripción en este año. Los milaneses reciben fraternalmente esa inmigración, a cuyo efecto han nombrado una comisión especial, presidida por el señor Visconti Venossa. Esa comisión ha enviado ya al ejército central de Italia 10,000 venecianos, con armas i bagajes.

Hai mas aun: Venecia, Trevisa, i Vicencia están sin potestad i sin consejo municipal: todos se niegan a desempeñar estos cargos mientras los austriacos estén en Venecia.

En los últimos tres meses se han abierto i leído públicamente dos testamentos; la lectura pública es una formalidad indispensable para la validez de esta clase de documentos. Los dos a que me refiero eran de ricos señores del Veneto, i su cláusula principal decía que los testadores desheredaban a sus hijas si estas se casaban con austriacos o con empleados del Austria.

Pero nada de eso es tan extraño como la cláusula de los testamentos.

He traído el último cartel, que voi a traducir testualmente. Dice así: (Sigue aquí el anuncio de la función que debía darse a beneficio de los actores Boldrini i Priola, a quienes se había dado gratis el teatro, i luego unas pocas líneas en las cuales los citados actores suplicaban encarecidamente al público veneciano que se compadeciese de la tristísima situación en que se hallaban, e hiciese, en favor de ellos, un nuevo esfuerzo filantrópico).

A la puerta del teatro se puso un azafate donde cada cual depositaba lo que quería. ¡Cosa inaudita! el teatro Gallo hizo aquella noche 4 mil francos. Al siguiente día se cerró: todos los demás teatros siguieron su ejemplo.

Polichinela, como los demás, iba a ponerse en viaje; pero la policía austriaca le ordenó que continuase dando sus representaciones al raso, i Polichinela tuvo que obedecer.

Pero los chicos de la ciudad hicieron entonces dos cosas: entendieron cuerdas e hicieron caer a los que iban a ver a Polichinela, i principiaron después a tirar piedras a las barreras. Imposible era continuar contra semejante oposición; pero el empresario que tenía que atender a la orden de la policía i a la desaprobación de sus conciudadanos, tuvo una idea muy feliz. Entre los personajes a quienes zurra Polichinela introdujo uno nuevo con un morrión como los que usan los soldados austriacos, e hizo caer sobre él las tres cuartas partes de los palos que con tanta prodigalidad distribuye Polichinela. I desde entonces quedó Polichinela no solo rehabilitado en la opinión de sus conciudadanos, sino gozando de una vaga que será durable, por no haber oído otro teatro abierto en la actualidad.

En Venecia, luego volveremos a hablar de Venecia que ha sido por largo tiempo la ciudad mas austriaca de Italia. Venecia habia una ballarina que hacia furor. Una noche le arrojaron a la escena un ramillete de flores atadas con la cinta tricolor italiana: roja, verde i blanca. La ballarina recogió el ramillete i lo llevó a los lábios en medio de los frenéticos aplausos de los espectadores.

Al día siguiente la hizo comparecer ante sí el gobernador de la ciudad, i le dió una buena reprimenda.

—¡Qué haré, señor, si me vuelven a arrojar ramilletes? preguntó la jóven.

—En vez de coquetos, debéis pisotearlos, le contestó el gobernador.

La ballarina no se olvidó del consejo, pero tuvo la desgracia de comunicárselo a algunos conocidos.

Al día siguiente le arrojaron un ramillete atado con una cinta amarilla i negra, colores de la bandera austriaca, i entonces ella, siguiendo al pie de la letra la orden que le había dado el gobernador, pisoteó el ramillete, i se puso a saltar sobre él con rabin hasta que hubo deshecho todas las flores, animada cada vez por los frenéticos aplausos del público.

El gobierno no podía castigarla, pues ella no había hecho sino obedecer estrictamente sus órdenes; así, pues, contentóse con prohibirle que volviese a aparecer en el teatro. Pero entonces los venecianos hicieron lo que los venecianos, decidieron no volver al teatro. Yo me hallaba en Verona el día en que se adoptó esta resolución i puedo asegurar que lo sucedió como lo he dicho.

Pero, al regresar de Venecia siete días después de tomada esta resolución, supe que el empresario veronés, a ejemplo del veneciano, cerraba el teatro, dando una última representación a beneficio de la empresa que se estaba arruinando por la oposición que le hacían los veronenses. Se anunció que habría a la puerta un azafate para recibir los donativos que cada cual quiesiese hacer, i los veronenses resolvieron ir a depositar su ofrenda, permanecer en el teatro desde las ocho i media hasta las nueve i retirarse luego.

Yo fui, como todos, con la intencion de contribuir con diez francos al producto de la representación. La sala estaba llena, el azafate había recibido 2,500 francos, suma enorme para Verona.

Segun estaba convenido, todos quisieron salir al dar las nueve; la policía austriaca que había sabido que se quería hacer una nueva demostración, había dispuesto que se cerrasen las puertas del teatro i no se abriesen hasta que hubiese terminado la función.

Los primeros que se encontraron con que no podían salir, gritaron:

—Las puertas están cerradas.

Hubo entonces un momento de confusión difícil de describir, hasta que se oyó un grito proferido por un jóven:

—Yo sé una manera de hacer abrir las puertas! Ahora verán Uds!

Al horrible vocerío que poco antes reinaba, sucedió un silencio profundo. I en medio de ese silencio resonó un doble grito que hizo estremecer a cuantos allí se hallaban.

—¡Viva Garibaldi! ¡Viva el rei Victor Manuel!

Dos mil voces repitieron al punto este grito: el efecto de aquel coro fué aturador.

Al oír aquel grito formidable que hubiera podido incendiar a todo el Veneto, apresuráronse los austriacos a abrir las puertas. Pero la jente iba repitiendo, a medida que salía, el grito terrible que resonó durante toda la noche en las calles de Verona. He visto, he oído lo que acabo de referir.

Volvamos a Venecia.

Tres veces por semana dan música los austriacos en la plaza del Doma, donde hai siempre muchísima jente, principalmente en los domingos. La música principal al mediodía en punto. Hasta entonces todo el mundo se para por la plaza; pero al dar las doce, en el momento en que se presenta la banda, i como si los músicos trajesen la peste consigo, todos emprenden precipitada fuga, por donde mas pronto pueden hacerlo.

era M. de Herville! ¡Ah! yo sabia muy bien, yo, que era M. de La Fresnaye!

Margarita tambien estaba contenta i contenta por ellas todas las emociones que tanto le habían inquietado se explicaban natural i noblemente: era el, decía ella, yo lo adivinaba. El instinto maternal me guiaba: la transparente verdad me iluminaba; en vano quería él engañarme; el secreto que ocultaba su pensamiento obraba, a pesar de él, sobre mí. He aquí por qué a su vista yo estaba temblorosa, inquieta, atemorizada ¡Era porque mi corazón lo había reconocido i me gritaba: él es!

VIII.

Margarita esperaba a M. de La Fresnaye con impaciencia; ella quería decirle todo lo que no había podido decirle la víspera. Su reconocimiento tan largo tiempo contenido o desechado había encontrado en donde colocarlo para expresarlo. Ahora, ella no tenía miedo a Roberto.

Gaston estaba cerca de ella; lo habría acomodoado con mas coquetería que de ordinario para mostrarlo a su salvador en todo su belleza. Ella se había vestido sin coquetería i sin pretensiones. Este día toda su vanidad estaba puesta en su hijo: le parecía que esta era el mejor modo de expresar su reconocimiento, probando hasta qué punto amaba a este precioso niño i hasta qué punto lo tenía él su ternura, i que diciendo a aquel que se lo había conservado: ¡Ved cuán bello es! ¡Cuán adorable! ¡Cuánito lo amo! era decirle: Juzgad ahora lo que será para mí el hombre valiente que lo ha salvado!

Así fué que cuando Roberto de La Fresnaye entró en el salón, no lo saludó con gracia i política, como a un caballero que hace una visita, ella se levantó i fué hacia él, presentándole a Gaston en sus brazos, lo estrechó contra su corazón con una tierna pasión derramando lágrimas.

... una derrota: cinco minutos des-
pués, la plaza está completamente vacía.
Personas que por sus negocios deberían
pasar por ella, hacen un rodeo para no
ver aquella soledad.

Yo me hallaba en la plaza en un do-
migo de enero i presencié aquella reti-
da. Soy poco austriaco, i, sin embargo,
me oprimió el corazón.

Al repeto, una plaza cubierta de cáda-
veres hubiera sido menos significativa
de aquella soledad.

En el día en que pasó por Brescia da-
ba la ciudad un gran baile al general pi-
monetti. Caidini ta sus oficiales. Este je-
neral fué el que, rechazado seis veces en
Solferino, a vista de Víctor Manuel, de
las figuras de San Martino, logró en un
rápido asalto apoderarse de ellas i las
conservó después hasta el fin.

En medio de la fiesta recibió el general
un ramillete que le enviaba Venecia, pa-
ra que lo llevase al rei Víctor Manuel.
Cuántas al ramillete había dos compo-
siciones poéticas, dirigidas, una al je-
neral i otra al rei. Hé aquí la traducción li-
teral de ambas:

AL REI VÍCTOR MANUEL.
En los alegres días de gloria i de for-
tuna, desde un magnífico bajel (1) arro-
jamos Venecia su anillo de oro al viejo
Neptuno, el mas inconstante de los es-
cuderos. En los días de duelo i de vorada
por el tormento, tras diez años de amo-
por él, Venecia envía en secreto su rami-
llete de esposa al mas leal de los reyes.

AL GENERAL CAIDINI.
General, somos flores nacidas en la
tierra de los dolores i regadas con
lágrimas. Salimos de Venecia una noche
para ir a buscar la tierra de la esperanza,
donde fulguran los aceros. Venimos en
nombre de un pueblo que desde infortu-
nas riberas i atormentado cruelmente,
observa con avidez los gloriosos suce-
sos que apenas puede entrever, de un
pueblo que suspira por el día en que, li-
berado a su vez, pueda tomar parte
en vuestra fiesta i ceñir con divino
lirio, segado en otro San Martino, vues-
tra victoriosa sien.

Ya comprenderá Ud. el efecto que
produjeron estos versos i este ramillete
en las personas que asistían al baile.

El autor de los versos, anónimo entón-
ces, fué descubierto después, i a lo que
me dicen, apenas tuvo tiempo para esca-
parse de Venecia.

De mas está el decir que, como los
austros, todas las cosas particulares de
Venecia están corrompidas. No se da un so-
lo baile ni un sarao, ni una reunión, i es-
to sucederá hasta que haya salido de Ve-
necia el último austriaco. Si las cosas
continuasen así por uno o dos años, no
habría, al fin en Venecia, sino casas va-
cías. Todos los venecianos se trasladarían
a la Lombardía.

Después de cinco días de permanen-
cia en Venecia, he vuelto a Milan con el
corazón desgarrado. Había visto ago-
nizar i morir algunos hombres; pero ja-
mas había visto antes agonizar i morir
una ciudad!

Venecia que, en la época en que la
visitó Montague tenía, según lo dice es-
te viajero, 30,000 gondolas; que en 1797,
cuando la caída de la República, tenía
aun 5,000 no tienen hoy sino 900!

He visto algunos documentos sobre el
pago de contribuciones: una propiedad
que produce 35,000 francos, está grava-
da con 33,000.

Todo esto sin contar los perjuicios
que ocasiona el ejército austriaco que en
la época de las cosechas se sitúa en los
campos.

Los palacios se están cayendo piedra
por piedra. Nadie piensa en componer-
los. ¿Para qué? Si los austriacos se que-
dan en Venecia, ¿no es Venecia una ciu-
dad maldita? Si Venecia alcanza su liber-
tad, en un mes estarán compuestos to-
dos los palacios.

El magnífico palacio Toscani está con-
vertido en cuartel. El espléndido pala-
cio Cornaro en monte de Piedra.

Mile. Tagliani se ha comprometido de-
estos restos del esplendor veneciano; ha
comprado cuatro palacios que cuida mu-
cho i que quedarán como muestra de lo
que han sido los demas.

Otros dos palacios que han sido com-
prados, el uno por la señora duquesa de
Berry, i el otro por el señor conde de
Chambord, miran majestuosa i tristemen-
te derruirse todos los demas.

Si esto continúa, fácilmente podrá cal-
cularse la época en que se sumergerá Ve-
necia en el Adriático, de donde salió ca-
torece siglos ha.

Nubes sombrías amenazaban a Vene-
cia cuando salió de ella, i a los tres días es-
talló la tormenta. Asegúrese que se ha
arrestado a cuatrocientas personas i que
un torrente de inmigración impelida por la
tempestad, ha cruzado la frontera, i se

ha dispersado por la Lombardía. Al sa-
ber esto en Milan, oasis hoy de Italia, se
improvisó un gran baile en beneficio de
los emigrados venecianos. El señor Vis-
conti Venossa tomó la dirección del ba-
ile. En cuarenta i ocho horas se colocaron
2,500 billetes, i a fin de que la totali-
dad del producto quedase en beneficio de
los proscriptos, la sociedad de comer-
ciantes milaneses cedió sus salones i se
encargó de los gastos del sarao.

El baile debió verificarse el sábado, 21
de enero; pero dicen que un oficial su-
perior del ejército francés protestó con-
tra la elección de tal día, que era el an-
iversario de uno de duelo para Francia, i
entonces los milaneses, respetando esa
susceptibilidad, por mas individual que
sea, diferrieron el baile para el 23.

Esto dió tiempo para comunicar a Ve-
necia la piadosa intención de su herma-
na Milan. Ayer llegaron seis señoras de
las primeras familias del Veneto, encar-
gadas de dar las gracias en nombre de su
provincia i de presentarle uno de esos ra-
milletes de flores como solo se hacen en
Italia: media cinco pies de alto i fué colo-
cado en el salon de entrada.

Las señoras venecianas asistieron al
baile, pero vestidas de luto, i no bailaron.

En medio de la música, del placer, de
la alegría, parecían que estaban simboli-
zando al dolor. En medio de la vida i del
movimiento, estaban representando a la
muerte i a la inmovilidad.

Como a las doce de la noche se reci-
bió la noticia de que, a consecuencia de
los acontecimientos que yo había presen-
ciado en Verona, i que ya he referido a
Ud., se había declarado a dicha ciudad
en estado de sitio.

¿Recuerda Ud. aquel baile que se dió
en 1829 en el Palacio Real, en la casa
del señor duque de Orleans, i en el cual
dijo M. de Salvandy estas palabras que
llegaron a ser históricas después: "Está-
mos bailando sobre un volcan?"—Pues
bien, le aseguro a Ud., que el baile de a-
yer, con su brillo de charreteras, su rui-
do de sables i sus suspiros de desterra-
dos, hacia pensar en el Etna i en el Ve-
suvio tanto por lo menos como el del Pa-
lacio Real.

Entre las mas bellas damas del baile
hallábase la duquesa i condesa Lita. En
1813, después de haber escapado a la ciu-
dad de Milan una contribución de 20 mi-
llones, se le baron 800,000 francos al
duque de Lita i 400,000 al conde del
mismo nombre.

Acúñase a los patriotas franceses de
ser unos miserables descañados, pero
no puede decirse otro tanto de los patrio-
tas italianos. Por lo demas, espero que
dentro de un mes habrá rectificado mu-
chos errores que hoy subsisten sobre el
particular. Novela! novela! dirán al prin-
cipio, como dicen de todo cuanto escri-
bo; pero al fin todos se convencerán de
que es historia.

Uno de nuestros compatriotas ha di-
cho esta gran verdad, que, como todas las
verdades, nunca será demasiado repetida:
**ITALIA NO ES EL PAIS DE LOS MUER-
TOS, NO!**

*Alejandro Dumas.
(Ferreocarril.)*

Terrible desastre marítimo.
NAUFRAGIO COMPLETO DEL HUNGARIAN.
PÉRDIDA PROBABLE DE TODOS LOS
PASAJEROS.

El bergantín *Cygnat* que procedente
de Nueva-York llegó a Halifax el 21 de
febrero, vió el domingo a las 6 de la tar-
de en dirección a Liverpool (Nueva Es-
coca) un gran vapor de tornillo. Por
consecuencia el vapor naufragado en Ca-
bo Ledge es probablemente el *Hungarian*,
capitan Jones, que salió de Liver-
pool el 8 del actual con destino a Por-
tland. El agente de la prensa asociada en-
vió un mensajero especial a la escena del
desastre.

Según los despachos recibidos parece
que el día 20 a las 4 de la mañana se
vieron las luces de un vapor i al amanecer
se hallaba embarrancado a media milla de
la isla. El mar estaba tan alborotado que
ninguna embarcación pudo acercarse. El
cónsul americano pasó inmediatamente
al vapor, el cual era el *Hungarian*, que
salió de Queenstown, el 9 del actual con
destino a Portland. Estaba totalmente
perdido, i se supone que ha perecido to-
da la tripulación i pasajeros. En la baja
mar se podía ver una pequeña parte del
casco. No se encontraron los despachos
de la prensa asociada, pero se creía esta-
rían en las balijas, de las que se salvaron
algunas muy averiadas.

También se encontró un billete de pa-
saje con el nombre de Ellen Sheehan.

Un despacho de Ragged Island con fe-
cha 24 de febrero dirigido al administra-
dor jeneral de correos decía que se ha-
bían podido salvar i recoger las balijas
suplementarias para Canadá i Nueva-
York, pero sumamente averiadas, i que

estaban esperando órdenes. El adminis-
trador jeneral contestó que las enviasen
a Halifax para arreglarlas. Igualmente se
había encontrado la certificación de des-
pacho del *Hungarian*, i por ella constaba
que tenía a bordo trescientos sesenta
pasajeros, la mayor parte de proa; pero
el conde del vapor *Vigo*, creía que al
salir el *Hungarian* de la bahía de Que-
enstown, solo tenía sobre 40 pasajeros de
cámara i 60 de proa.

Una carta de Mr. Townsend, agente
del gobierno, dice que no queda duda al-
guna acerca de la muerte de los pasaje-
ros del *Hungarian*. Solo se han hallado
tres cadáveres, uno de una mujer oiro de
un hombre que se supone era un foga-
nero, i uno de un niño de dos años.

El cargamento i materiales del vapor
se hallan esparcidos por las costas desde
Tasket i al rededor del Cabo Sable hasta
la parte oriental de Ragged Island, i la
población del país está procediendo con
la mayor honradez.

Se ha hallado el rol del vapor, i por el
consta que la tripulación se componía
de 74 hombres, pero no se ha encontra-
do todavía la lista de pasajeros.

Se tendrá el mayor cuidado con los
cadáveres que se encuentren, se tomara
nota de las señales que se van en ellos,
i se les dará sepultura en lugar separado,
para que sus amigos puedan encontrarlos.

Las balijas se han convertido en una
masa, pero se enviarán a Halifax por el
guarda costas Daring.

(Noticia de Nueva-York.)

DOCUMENTO CURIOSO.
La *Gaceta oficial de Módena* sigue
publicando un gran número de cartas i
documentos diversos encontrados en los
archivos del ducado. La mayor parte de
estos documentos se refieren a cuestio-
nes puramente italianas, otros a negocios
pendientes en Europa en el momento en
que fueron escritos, i algunos de ellos
son anteriores a la revolución de 1818 i
concernen particularmente a la fami-
lia Bonaparte, cuyos miembros residían
entonces casi todos en Italia. Entre estos
últimos documentos, encontramos una
carta secreta escrita por el príncipe de
Metternich al ministro de Austria en Flo-
rencia, la cual da a conocer los medios
de seguridad adoptados por el Congreso
de Viena contra dicha familia. Hé aquí
el texto de esta carta:

**EL PRÍNCIPE DE METTERNICH AL SEÑOR
MINISTRO DE AUSTRIA EN FLORENCIA.**
Viena, 25 de junio de 1816.
"Señor baron:
"La necesidad de tomar disposiciones
para prevenir las maquinaciones con que
los miembros de la familia Bonaparte hu-
bieran podido intentar turbar la tranqui-
lidad de Europa, fué uno de los cuidados
en que se ocuparon principalmente, des-
pués de la segunda restauración, los mi-
nistros de las cuatro potencias aliadas,
reunidos en París.
"Tengo el honor de transmitir a V. E.
adjunto el extracto de las actas de los
días 10 i 27 de agosto de 1815, concier-
nientes a las disposiciones generales de-
cretadas entonces respecto a los miem-
bros de la citada familia.
"Según los principios establecidos en
1815, las demandas hechas por uno u
otro de esos individuos con el objeto de
obtener autorización para abandonar o
mudar de domicilio, deben ser sometidas
inmediatamente a las deliberaciones de
la conferencia de los ministros de las po-
tencias aliadas en París.
"Esta regla ha sido ya practicada en-
tre otras veces, en 1831, con respecto a
la condesa Lipona, según lo hace notar
V. E. en la última pos data de su infor-
me de este mes.
"Este caso no es el único, señor baron,
i en los archivos de la embajada encon-
trareis antecedentes de ello. Habiendo es-
presado el conde de Montfort, en el mes
de enero de 1810, al conde de Radvizki
su deseo de que su hermano obtuviera
permiso para ir a Toscana, este ministro
le dijo que acudiría a los representantes
de las cortes signatarias de los protoco-
los de 1815, en París.
"Al rehusar el gobierno de Toscana
actualmente al príncipe Luis Bonaparte
permiso para entrar en su territorio, no
solo ha adoptado una resolución aconse-
jada por la prudencia i que está supera-
bundantemente justificada por los ante-
cedentes de este *aventurero*, sino que se
ha ajustado a lo prescrito en los protoco-
los de 1815, que han servido de regla
constante a las cortes de Europa en lo
concerniente a la familia Bonaparte.
"Queda autorizado V. E. para comu-
nicar los anexos al ministro de negocios
extranjeros.
"Soi, etc.,
*Metternich,
Secretario.*
(Ferreocarril.)

INDIA.
Los diarios ingleses de la India pu-
blican un estado de las fuerzas britá-
nicas que deben ser enviadas a la
China. La presidencia de Bombay
suministra un contingente de dos re-
jimientos de infantería europea, el
31.º i el 56.º i los de infantería in-
dijena. La de Bengala envía siete re-
jimientos de infantería 3.º, 6.º,
8.º, 60.º, 67.º i 75.º, i cinco
bataillones indijenas. La de Calcuta
dará todo el contingente de caballería,
pero todavía no se designan los cuer-
pos de esta arma que tomarán parte
en la expedición. En fin, la presiden-
cia de Madras envía dos rejimientos
de infantería, el 44.º i el 65.º, i
suministra ademas varios destaca-
mientos de las armas especiales, la
7.ª batería de la 14.ª brigada de
artillería el primer rejimiento de dra-
goes, la 23.ª compañía de ajene-
ros, las compañías A i K de zapado-
res, una compañía del 5.º bata-
llon de artillería india i otra suple-
mentaria. Todos estos cuerpos for-
man un efectivo de mas de 20,000
hombres.

El mando de las fuerzas inglesas
ha sido confiado al general Hope
Grant, que ha servido mucho tiempo
en la India i goza el concepto de va-
liente i entendido.

La artillería inglesa, mandada por
el teniente coronel Bary, antiguo ofi-
cial del ejército de Crimea, acaba de
embarcarse en Suez con destino a la
China. Esta artillería comprende un
personal escogido, i su material se
compone casi enteramente de caño-
nes Armstrong.

Los caballos del cuerpo expedicio-
nario ingles los suministrará la direc-
ción de remonta organizada en el ca-
bo de Buena Esperanza; se calcula
que podrán enviarse del Cabo de 4
a 5,000 caballos por año.

Las demas noticias recibidas por
la via de Calcuta i Bombay carecen
de interes. La rebelion segua con-
centrada en el Nepal; las opera-
ciones dirigidas contra los jefes de la
insurrección no habian tenido éxito
favorable, i por una i otra parte, las
cosas seguan en el mismo estado.
Los diarios ingleses hablan con ex-
tensión de los triunfos conseguidos contra
los Waghbits.

Se da este nombre a los piratas
que habitan en las islas de Bacht i
Dwarka, los cuales cometen conti-
nuas depredaciones. Han sido ata-
cados por una columna de unos 1,100
hombres i castigados como merecian.
La pérdida de los ingleses ha sido de
52 hombres fuera de combate, i entre
ellos 12 muertos, lo cual dice bas-
tante que, por satisfactorio que haya
sido el resultado, no han debido ser
muy grandes las dificultades de la em-
presa.

(Comercio.)

CRONICA LOCAL.
Espíritu público.—En los pue-
blos donde no hai espíritu público, di-
fícil es conseguir el adelanto de las me-
joras locales. Si miramos hacia el prin-
cipio i fin de las reformas, del progreso
los intereses públicos, conoceremos en-
tonces que se necesita precisamente del
apoyo de los ciudadanos para llegar a
obtener mayores ventajas en el resulta-
do de los adelantos que se promueven.
Las autoridades por sí mismas, no pue-
den muchas veces allanar esas dificul-
dades, i sino nos empeñamos por ayu-
darles con nuestro pequeño contingente,
en la realización de sus trabajos; si a cada
instante desmayamos en presencia del
bien público, cuando se nos llama para
que pongamos de nuestra parte nuestros
esfuerzos i entusiasmo por ciertas ideas
de engrandecimiento, jamas llegaremos
a ponernos en la posición sobresaliente
i notable en que se encuentran otras
ciudades del país. Concepción, es un
pueblo que por sí solo está llamado a
prosperar i bastaríamos pensar en este
mismo interes, para que nuestras rancias
i retrógradas preocupaciones se tornen
i desaparezcan del corazón de todo pen-
sante. Cuando se trate de mejoras, mar-
chemos a afiliarnos entre los ciuda-
danos que se esmeran por realizarlas; cuan-
do se nos exija nuestro patriotismo,
brindémoslo generosamente por una cau-
sa justa i de un interes jeneral, i no lo
reservemos para empresas harto distintas
de aquel que mira por el bien de su Pa-
tria. Hai desgracias que mitigar; hai mi-
serias que alejar del hogar de las clases
menesterosas de nuestra sociedad. Pues
bien, busquemos el medio de combatir-
las, porque así obremos como hom-

bres i como ciudadanos de una nacion
libre i constituida en república.

Teatro.—Densible es resolverse a
pasar la época mas triste del año, sin
algun espectáculo público que sirva al
mismo tiempo para mejorar las costum-
bres de un pueblo, aunque la moral ejer-
za en él todas sus máximas i sanos prin-
cipios. El teatro tiene su imperio sobre
el hombre i la sociedad tambien necesi-
ta a cada momento de sus ejemplos, tan-
to para diversarla como para destruir en
ella todo sintoma de discordia, de cor-
rupción, que algun día la comprometa i
denigre. Concepción, quizá es el único
pueblo que se halla privado durante el
invierno de regocijos públicos, que tien-
dan a un objeto útil i digno de un país
culto. Bastantes veces hemos manifesta-
do la gran conveniencia que resultaría
o una compañía lírica o ya sea dramáti-
ca, si se resolviere a venir entre noso-
tros a dar algunas funciones, porque
verdaderamente el público está desoso
de asistir a un espectáculo que hace
honor i mérito a los pueblos i a la so-
ciedad misma.

Ministerio.—Por el último correo
de tierra, hemos sabido que el Sr D.
Jovino Novoa pasaria a ocupar en el
Ministerio la cartera del Interior i Rela-
ciones Exteriores i que debía ser rem-
plazado, en la de Hacienda por el Sr.
Senador don Manuel Ralmaceda.

Rifa del Sr. Pozo.—El lunes pró-
ximo dará principio la rifa del Sr. D.
Vicente del Pozo.—Hai algunos objetos
importantes, que muy bien valen la pena
de ensayar la suerte.

Barriales.—Con la última lluvia, se
han hecho algunos barriales en las calles,
los que convendría terraplenar de algun
modo para que en lo sucesivo no vuel-
van a formarse en esos mismos puntos
i deterioren el piso.

Plaza de Abastos.—Este estable-
cimiento exige una refacción jeneral en
el techo, porque de lo contrario se arrui-
nará en el próximo invierno. Con la úl-
tima lluvia hemos podido conocer mas
bien su mal estado, pues las goteras son
innumerables en toda la estension del
edificio, lo que precisamente lo deterio-
rá en muy poco tiempo i quizá será en-
tonces necesario demolerlo para evitar
desgracias. En el cañon del centro, se ha
quebrado una biga i hai una parte de
la techumbre que amenaza arruinarse,
con gran peligro de los vendedores i con-
currentes al mercado. Por lo que respec-
ta a los patios, están convertidos en bar-
riales inmundos en la actualidad, a cau-
sa del poco asco que hai en este esta-
blecimiento. Conviene demasiado terra-
plear el piso con cascajo o con otra
terra apta para el objeto.

El Sr. Intendente.—Por cartas
particulares, hemos sabido que el Sr. In-
tendente salia hoy de la Florida, con di-
rección al pueblo de Quillon, para con-
tinuar la visita de la provincia. El lunes
próximo, su Señoría se pondría en mar-
cha hacia el departamento de Rere con
igual objeto.

Trigos.—El precio de este artículo,
después de la última alza, no ha sufrido
mayor aumento. Se asegura sin embargo,
que en el Tomé se ha ofrecido por algu-
nos bodegueros hasta 3 \$ 25 cts. por la
fanega, pero no podemos garantir esta
noticia porque personas fidedignas nos
han corroborado todo lo contrario.—
La paralización de las transacciones de
trigo prevalece hasta la fecha, apesar
del movimiento que se esperaba en ellas,
con la pequeña subida del trigo de que
damos cuenta anteriormente.

Incomodidades del invierno.
—Ya que se ha hecho una costumbre,
una moda si quiere, la manera de dar
salida a las aguas que caen del techo de
las casas, esto es, por medio de caño-
nes de zinc, convendría obligar a los
propietarios que adoptaran todos este
mismo sistema, para librar a los transeun-
tes de las chubascos de agua que reciben
en la cabeza, cuando pasan por la vere-
da de ciertas casas de la población, don-
de las aguas caen directamente al piso.
Despéñesenos si somos tan exigentes;
pero hagásemos tambien justicia cuan-
do cuidamos de la salud de los
transeuntes i de la conservación de las
veredas, porque es una verdad que las
aguas desprendidas del techo, sin tener
salida por cañones de zinc, descompon-
nen completamente el pavimento de a-
queguas.

Acueductos.—Dijimos una vez,
que los acueductos de nuestras calles se
hallaban ya inservibles i recomendamos
entonces a la policía urbana, que con-
vendría hacer refaccionar los que se en-
contrasen en semejante estado. Hasta
ahora nada se ha hecho en este sentido
i por esta razon persistimos en lo mismo,
porque sabemos la gran utilidad de esta
mejora, mucho mas cuanto que el invier-
no se aproxima con pasos agigantados.

